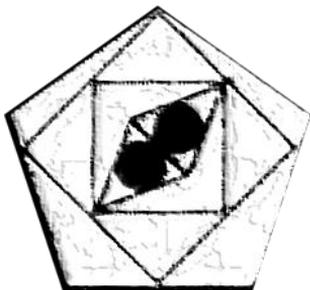


# Prólogo. Los Cinco



Todo comienza con un nombre: la joven Serpiente, que había emprendido el camino de la pérdida de la inocencia. Su progreso la llevó a la Aguja, a expandir su mente con nuevos saberes y maduró rápidamente. Ahora era alta y más ligera, en especial a caballo, sobre el que se erguía esbelta, pues las Serpientes se alzan majestuosas, decía el antiguo proverbio que jamás había olvidado. Era una labor difícil, tediosa a momentos y dolorosa en cualquier caso, pues el arte de aparentar fuerza en los lugares donde solo sentía debilidad era agotador.

Desde que comenzó su viaje, su mente se fortaleció, aunque su cuerpo flaqueaba como nunca antes. Acostumbrada a los festines de Frígido del Norte, la fortaleza de los Yvinand, en Trestin, la comida de la Aguja resultaba altamente insuficiente e insípida. Ahora bien, no se encontraba, ni mucho menos, en unas condiciones deplorables. Quizás la comida fuera escasa, el pan mohoso y no llegara casi fruta fresca pero, desde que enfermara a los pocos días de su llegada, se había hecho al lugar y no había vuelto a caer en cama sino una sola vez más, para leer sin ser molestada el libro que rezaba en la portada: *Eonium Aquilon*.

Su rostro, a pesar de todo, mantenía el color, y sus manos, pálidas, combinaban con los elegantes aunque poco prácticos ropajes ceremoniales. Las cabalgatas del Conocimiento eran, al igual que la vestimenta, rituales de lento avance. Flemático, parsimonioso... "Cachazudo", como decía el León Negro Joves.

Llevaba un anillo fino con dos serpientes azules enroscándose sobre su dedo índice, y solía jugar con él, tanto en momentos en los que no había nada que hacer como en los que ya estaba haciendo algo. Por supuesto, cualquier ladrón decente habría reparado en la joya desde un primer instante, pero nosotros, seres cotidianos, no habríamos notado su presencia

hasta que las campanas hubieran cesado su repiqueteo y las eras hubieran caído, marchitas.

Y habría sido su cabello el causante de las guerras, agitador de toda rebelión. Largo y liso, coronaba la figura. Limpio, como los estambres de una planta acuática, un cétreo del ocaso o un plérico sobre un desierto invernal, recién salido de las cristalinas aguas y rubio, iluminado por la luz de Fenic y cubierto con los oros de Ardreon. Era admirado allá donde fuese y de él se hablaba en las zonas conocidas: los Pueblos del Oeste, dentro de las Tierras del Barro; los Pueblos del Norte, el Este en el Norte, Trestin, la antigua Thalás Lid, la Rosa de Plata... Todas unidas bajo el gobierno de la monarquía Yvinand, sostenida, en parte, por aquella magnífica melena.

Pero estaba fundamentado en una mentira, un engaño. Fue rubio una vez, cuando la princesa solo tenía unos días de edad. No obstante, según fueron pasando los días, fue perdiendo todo color. Así, diez soles después del nacimiento, no era rubio, sino gris ceniza, y de la Ceniza no se oírán buenas palabras, ni en estas tierras, ni en ninguna otra. De esta condición se han aprovechado los hombres de negocios desde el primero de los días, preparando tintes a precios exorbitantes.

Primero, hervían la cáscara de una nuez y la corteza de un nogal. El agua resultante se mezclaba con alumbre y manzanas de roble. Así se preparaba el cabello para los pigmentos extraídos del zafirán, sangre de drago y henna. Estos tres ingredientes costaban su peso en oro y constituían una parte fundamental del comercio entre las Islas de Piedra y el Reino.

A este proceso se añadía un último paso que servía para marcar la diferencia entre las nobles y sus juegos de poder y la heredera al trono. Los colorantes debían mezclarse todos juntos con hojas y raíces de col pulverizada y ralladuras de marfil extraído de los colmillos de las grandes morsas del Norte. El oro que podría comprar un ejército discreto, o un ciclo de Elixir Real para mantenerlo, era usado para mantener el engaño y otorgar el característico color amarillo puro a los libres y brillantes cabellos.

Y la transacción era, sin duda, beneficiosa para ambas partes, pues poco podría hacer un pequeño ejército contra un numeroso grito de furiosos ciudadanos supersticiosos que rechazaban a su reina por el color de su pelo, así que el dinero no estaba nada mal invertido, a fin de cuentas, algo que aseguraría cualquiera, desde el más pobre hasta el más noble de los hombres.

De forma afortunada, las cejas de Naila sí que eran rubias por sí mismas, más pálidas aún que su cabello. Estrechadas y bien separadas, arranca- dos meticulosamente los pelillos del entrecejo cada siete días, quedaba un rostro tranquilo y sereno bajo la frente baja, limpia y relajada. Una frente que reflejaba una inteligencia aguda, acorde con el alma que albergaba.

Sus ojos, que habían logrado imitar el color de la miel de azahar, se presentaban marrones, no demasiado claros, no demasiado oscuros. Había heredado, sin duda, los ojos de la familia de su madre, los Grotesga, de colores oscuros aunque, paradójicamente, su madre era una de las pocas excepciones, pues presentaba dos colores distintos en el iris, lo que otorgaba a su figura un aura mágica a ojos de aquellos que condenaban el gris ceniciento incluso si se encontraba en el pescado seco.

El resto de su rostro era común, suave y curvo descansando sobre un cuello fino y confiado. La delgadez le sentaba bien, como si hubiera nacido para ser así, fría y cálida a la vez. Lo mismo podía decirse de sus manos: pálidas y delicadas, pero dinámicas, llenas de vida y, ¿qué es el dinamismo sino animación, calor, fuego, energía...?

Poco más ha de ser dicho sobre Naila Yvinand, mi protagonista más reciente, elegida apenas en los albores del Bóreas pasado, cuando decidió hacer caso de las instrucciones que llevo escribiendo, escondidas entre las páginas polvorientas, desde hace ciclos y ciclos. En este caso, fue en el trigésimo tercer volumen en el que, ironía del destino, la mezcla blanca falló y la mano arrugada no logró su mezquina censura.

Quizás nunca debí haber elegido a tantos miembros de la misma familia, pero mi apuesta ya la hice y funcionó, a su manera, así que esta es la primera de una prolífica progenie que nació demasiado tarde.

«Cuando la Serpiente caiga a la capital, el Águila descenderá en picado». Como hacen las gaviotas con las tortugas que tratan de llegar a las orillas del Río de Sal oriental, el propio escudo Yvinand lo advierte: quizás la Serpiente tenga una corona en la cabeza pero, si el Águila la lleva consigo en vuelo, el lance está perdido antes de dar comienzo. Pronto, en los comienzos del ciclo, Naila marchará al sur para ocupar el trono que le corresponde pero, por cada Serpiente Azul, hay un Águila negra aguardando cerca, acechando y esperando el momento de atacar. Esta es la condena de la Serpiente Heredera. No lo olviden.



Bramar, padre de Naila y águila de los estandartes Yvinand es nuestro segundo nombre. Había sido fiero y bravo, aunque sabía contener su vanidad. Para aquel entonces ya se había apaciguado y su mayor orgullo era el Reino. Llegó a luchar, incluso, en la Segunda Guerra del Gran Incendio contra los traidores del Este, comandados por su propio hermano menor y la superioridad numérica les llevó a la amarga victoria.

Nunca volvió a crecer vida en las Tierras Muertas desde que pasaran por ellas las catapultas, los pasos, el fuego y la espada. Se levantaron tiendas y campamentos, se talaron árboles y ardieron las ramas. Un millar de caballos cabalgaron sobre ellas y muchas veces más de pies arrancaron hierba, raíz y vegetación. Ese fue el Segundo Gran Incendio: los seis mil hombres del ejército del Reino contra no más de dos mil guerreros del Este yendo y viniendo más allá del Arroyo Albino: destrucción de lo que una vez había sido verde y bello.

Desde entonces, Bramar juró proteger las tierras del Reino por encima de su honor, fama y gloria, por encima de su propio Trestin, de su cargo y de sus hijos; por encima, incluso, del rey. Así se comenzó a construir lord Bramar Yvinand, señor de Trestin, de la fortaleza del Frígido Invernal y del Quinto Hijo del Alba, Defensor del Cauce Largo y hermano menor del rey.

Como señor de su ciudad, sentía afecto por ella, el afecto de quien prefiere lo conocido, el lugar en el que se ha vivido toda una vida, el mismo que siente un padre por su hijo, forzado de forma natural. Trestin comprendía toda la tierra que yacía bajo la unión de los Pueblos del Norte y el Este en el Norte. Un lugar en el que la nieve no era lo suficientemente espesa como para cubrirlo todo ni lo suficientemente débil como para desaparecer fácilmente una vez había caído.

Pero, pese al romance de Bramar con su tierra, el Reino seguía estando por encima de todo. Había aprendido que, ayudándolo, las ciudades tendían a prosperar con él. Así, las guerras habían pasado a librarse fuera de las ciudades, en las murallas y, posteriormente, fuera de los límites del Reino: lo suficientemente cerca como para que pudiera llegar el olor a muerte, pero lo suficientemente alejadas como para que la muerte misma no entrara.

En cuanto al título de señor del Quinto Hijo del Alba, me temo que no era más que eso: un título. El Quinto Hijo del Alba era uno de los siete afluentes del Arroyo Albino y, de no ser por él, las tierras alledañas estarían deshabitadas. No obstante, tenía un cauce minúsculo comparado con el de sus hermanos. De hecho, era más grande el primer afluente del Séptimo

Hijo del Alba, y el Quinto ni siquiera aparecía en los mapas geográficos, aunque sí en los militares.

Aun así, los Siete Hijos gozaban de gran reconocimiento en el Continente, pues provenían del gran Arroyo Albino, que nacía en las Fauces Albas, en la Última Montaña. Desde allí, bordeaba la Aguja de los Leones Negros y caía en picado hasta el Efugio del Albino, para luego pasar por las Tierras Muertas y finalmente descansar en el Río de Sal.

Visto así, el Quinto Hijo del Alba gozaba de un merecido reconocimiento, similar al de sus hermanos y, en cualquier caso, igual que el de cualquier afluente, por muy poca agua que llevase. Y es que el Reino no había olvidado aún los días en los que no hubo agua, durante las guerras contra la Ceniza, donde la deshidratación estaba a la orden del día. Por esto el agua era vista como un bien máspreciado que la rica cerveza alimenticia, pura y fresca.

Para Bramar, sin embargo, el Quinto Hijo solo era un recordatorio del poder perdido, cuando el Arroyo Albino les suministraba agua única y exclusivamente a ellos. Durante las batallas, habían perdido el dominio completo que ostentaban, y al oriente renqueaba la Bajada Desleal, una desviación que hicieron los hombres del Este para abastecerse durante la guerra. Ese era el mayor símbolo de su derrota.

La historia oficial narraba que los traidores del Este habían construido con carros y cuerpos la Presa Pérfida, desviando así el cauce por las rutas que habían preparado. Y, si bien es cierto que habían cavado una gran zanja hacia el Bosque del Este, no fue sino la mala estrategia la que llevó a esa situación. Los Tercios Reales decidieron cruzar las aguas con las catapultas ya ensambladas, dando lugar a un muro de maderos, flechas y cadáveres.

Los cuerpos fueron retirados para no enrarecer las aguas, pero la presa ya estaba construida y solo hicieron falta unas cuantas incursiones para afianzar la estructura y un cambio de estación para que los dioses hicieran caer lluvias torrenciales que aumentaron el caudal y llevaron el agua, rauda, hasta las tierras de más allá del Arroyo.

Desde entonces, los traidores del Este se ocuparon de cuidar el cauce y que llegara hasta el Bosque del Este, donde los escuálidos árboles comenzaron a beber de las aguas y, acostumbrados a la sequedad habitual del entorno, crecieron fuertes y firmes. Hubo alguna que otra batalla sin importancia por la presa pero, tras las negociaciones, se abandonó la idea de destruirla u obstruir el cauce oriental. Al fin y al cabo, la presa distribuía agua a ambos bandos y la guerra había acabado.

Dos ciclos después de la Segunda Guerra del Gran Incendio, Bramar fue nombrado —dado que los títulos tienden a engendrar más títulos— Defensor del Cauce Largo y le fue asignada la tarea de encargarse de que las aguas estuvieran limpias, retirando el barro en los meses más húmedos y vigilando que nadie se acercase a la frontera. Si el Este contaminaba las aguas, la población de la capital acabaría por reducirse a la mitad.

Como hermano menor del rey, Bramar nunca podría reinar. Había varios nombres en la lista de sucesión y su tía bisabuela, Raya Yvinand, llevaba gobernando desde hacía muchos ciclos y su muerte estaba próxima. Bramar le tenía afecto, distinto al que tenía a su bienamada Trestin, pero afecto, al final del día. Cuando Raya muriera, el trono pasaría a su hija, Naila, y el mundo seguiría su curso.

Pero había momentos en los que hacía falta una pequeña ayuda para encauzar la situación. Frases tales como “¡muerte al rey!” eran cada vez más habituales, al menos si se hacía caso a las palabras de las serpientes, los lobos y más representantes de la variopinta fauna que servían de informantes desde la capital.

Se clamaba, con boca grande, la muerte al rey, sí, pero también al extranjero del norte, algo que le había comenzado a preocupar desde hacía un tiempo, haciéndole pensar en las decisiones que había tomado y cómo podrían haber sido mejores.

Había actuado por el bien del Reino, como siempre, confiando, además, en que su hija no encontraría demasiados problemas en el camino a su coronación, aunque una reina siempre encontraba complicaciones durante su reinado. Temía que, teniendo la cabeza bajo una corona, el pueblo olvidara los bellos cabellos color luz y oro y los enemigos se multiplicaran y las sombras acecharan muy de cerca.

Además aun había que lidiar con el problema de aquellos que respondían a los clamores con: “¡muerte al pueblo!”, ya fuera el rey quien pronunciara esas palabras o aquellas marionetas del hombre con el casco de oro en la cabeza, que cumplían con desempeño la labor de expandir las palabras que la reina Serpiente intentaba silenciar en su esposo. Pero el rey Londer ya había alcanzado una locura tal que no podía ser salvado.

Sobre todo esto reflexionaba Bramar en las sombras, abandonando el aspecto, pues ya no luciría nunca más una armadura, si todo iba bien, ni suyas serían las mieles de la victoria.

Su fuerza, nadie la ponía en duda. Era un hombre mayor, de una edad respetable, pero no había perdido el genio ni el poder, que se escapaba a

través de los llamados “ojos Yvinand”. El resto de Bramar —su frente ancha y combada, los labios sellados a cal y canto o la rigidez en el rostro— poco importaba. Era un cuerpo en decadencia, pero su mente estaba más activa que nunca.

Se paseaba por los jardines del interior de Frígido del Norte con la ropa de cama, dando vueltas y vueltas a los pensamientos que venían sin fin. Pero muy pocos sabían de ellos, pues solo veían a un hombre con la mirada fija en las flores o en la nieve, caminando, enhiesto, a su próxima batalla.

Este era lord Bramar Yvinand de Trestin, señor de sus tierras, su ciudad y su fortaleza, así como del Quinto Hijo del Alba, Defensor del Cauce Largo, hermano menor del rey y padre de la futura reina. Esta era el Águila vestida de día y de noche con oscuros azules. No lo olviden.



Ahora bien, tras las introducciones pertinentes de la futura familia real Yvinand, he de advertir que no es este un libro corriente, aunque es, sin duda, uno más en la extensa lista de la historia más detallada del Reino. En concreto, el primer volumen del centésimo vigésimo tercer tomo del *Conocimiento*, año seiscientos del calendario Yvinand, desde Riebel hasta Bóreas. Hoy, primer día de Riebel del sexcentésimo primer ciclo, haré llegar estas palabras a mi sucesor para que tenga la amabilidad de incluirlas como prólogo de uno de los ciclos más convulsos jamás vividos.

Como era de esperar, mis hermanos encontraron a los Cinco, algo que yo llevaba tiempo buscando sin éxito. Es cierto que no me decidí por ninguno a tiempo, pero estoy cómodo con mi decisión, pero hoy puedo afirmar que mi conciencia quedaría tranquila ante una muerte prematura, envuelta en un halo de esperanza que se mantuvo imperturbable durante eras.

Ver crecer a aquellos en quienes se depositó dicha esperanza resulta ser, en lo más hondo del corazón, una experiencia sin parangón. Y ver cómo algunos de los escogidos se convirtieron en parte de los Siete Nombres sigue siendo un recuerdo que llena mi alma de orgullo y dolor por igual.

Pero, siguiendo la costumbre de los tomos anteriores, debo recuperar el tono sereno e imparcial que me caracterizaba por entonces y explicar el porqué de ciertas decisiones apresuradas, y cómo estas fueron hechas en

beneficio del Reino, no en función de intereses personales que jamás influyeron en el curso de la historia. Por lo tanto, comenzaré relatando mi primera traición, cometida bajo la luz de mis iguales y por una necesidad extrema.

Yo me encontraba en un estado algo menos letárgico que mis hermanos, descansando tras haber terminado el tomo de la última década del pasado siglo, observando las diversas mentes del mundo desde lo alto, sin interferir ni lo más mínimo, cuando se me avisó del inminente final. Habíamos fallado, creía el Primer Hermano, y ahora la Ceniza caería sobre el Reino para acabar con lo que había tardado en ser construido cientos de ciclos.

Esta señal de alarma tuvo un impacto contundente en la mayoría de nosotros. Nuestros corazones de caudillos no habían tenido apenas tiempo de sanar desde la última vez. Habíamos observado cómo el Reino prosperaba mucho más rápido de lo que nos habíamos llegado a imaginar en nuestros mejores sueños, y habíamos puesto una moderada fe en que esta vez fuera diferente. Pero el periodo de gracia había acabado y se acercaban tiempos de furia.

Fuimos llamados a reunirnos en las últimas luces del crepúsculo, para explicarnos la situación. Yo, como Historiador que era aún por aquel entonces, había podido observar más de lo que se nos iba a explicar. Así que tomé ventaja de aquello.

Resultaba extraño que los Cinco coincidieran con los Siete Nombres. Los Cinco han sido, históricamente, figuras inseparables, parte de lo mismo, siempre en grupo hasta la llegada del final. No solo han pertenecido todos al Continente, sino también a la misma región. Pero, esta vez, los países no tenían unas fronteras tan marcadas y las zonas exteriores habían empezado a erigir sus propias estructuras jerárquicas, a nombrar líderes y repartir tareas. Algo absolutamente inaudito.

Tenía por seguro que, esta vez, los Cinco vendrían de lugares muy separados. Es más, habría llegado a apostar mi propio puesto como uno de los Doce y, aun sin saberlo, lo hice, por defender este pensamiento. Y lo cierto es que, dentro de esas fronteras invisibles que no se encuentran separadas por obras humanas o Lak, altas torres de vigilancia, ostentosos palacios o gruesas murallas; sino por ríos, bosques, colinas, alturas o meras planicies, la vida había crecido hasta enraizar en la Meseta.

Las Tierras de los dioses habían despertado con su viento a antiguas criaturas congeladas en el frío Norte de Riebel e, incluso, el gélido reino de Bóreas. La verde tierra de Veila al Este volvía a surtir de agua, algo

que había llamado la atención de los *karak* del subsuelo. Incluso los Lak habían comenzado a despertar y se amontonaban en las Islas de Piedra de Rothros, como esclavos, sí, pero también como hombres libres en Ashora y más al oriente.

Cada una de estas tierras había encontrado la forma de convivir con las otras sin llegar a devorarlas. Los Cinco solo serían una muestra de lo que podría llegar a ser si se uniesen los diversos poderes disueltos, esa Armonía Cósmica de la que una vez se habló, un regreso de los dones hacia los dioses, algunos propios de Aetheria y otros gobernantes de todo Caelystron.

En estas visiones estuve sumido incluso después de ser despertado, cavilando todas las posibilidades, forzando la libertad que se me había dado, siempre usando más. Todo esto pensé y más, pero, ¿cómo incluirlo en un relato inteligible?

Mi conclusión fue que, simplemente, debía atenerme a mi función asignada e intercalar relatos de todas las partes involucradas. Esta fue mi primera traición que no se quedó en el mero pensamiento: escribir lo que de verdad ocurrió y no una versión adulterada de la historia en pos de unos hilos oxidados con los que una vez manejamos la vida a nuestro antojo.

Sé por experiencia que todo conocimiento se va perdiendo en el tiempo. De esta forma, me pregunto si se habrá conservado alguno de los tomos. Y, si ese es el caso, ¿cuántos? ¿Desde el décimo, el quincuagésimo, el centésimo? ¿Acaso sabe usted qué está leyendo?

Siempre me gusta pensar en mis lectores como altos hombres religiosos: Adoradores, Leones Negros o cualquier nuevo nombre que se les haya dado. Los imagino leyendo en voz alta las palabras escritas a los nuevos miembros, cuyos rostros comienzan a tornarse sombríos, perdiendo una segunda inocencia, absortos, no en la narración, sino en lo narrado.

Entonces, dejan el tomo en la biblioteca y pasan al siguiente. El volumen comienza a llenarse de polvo y el moho se hace presa de sus páginas y sus letras, pero allí sigue, con las mismas palabras escritas, incluso si se les ha aplicado una grotesca capa de blanca censura sobre aquellos elementos considerados peligrosos.

En algún momento, o algún nostálgico comienza a sentir un ímpetu irrefrenable por copiar el texto antes de que sea demasiado tarde en otro grueso volumen, o el Conocimiento se pierde para siempre. Este ha sido el triste final que han tenido la mayoría de mis tomos. Primero se perdió uno, luego el siguiente, y el siguiente tras ese. Entonces, cuando el último de los

lectores abandonó el mundo, se llevó con él un ciclo de ciclos de historia que en vano fue sustituida por historietas verosímiles pero falsas.

E, incluso sin desaparecer, las tareas de los copistas suelen estar cargadas de imprecisiones y correcciones que entorpecen la historia y eliminan detalles fundamentales. Estos hombres han olvidado ya sus orígenes y su religión solo es una más de una larga cadena de dogmas que imponen normas sujetas a unos deseos propios que manchan, no en vano, el nombre de toda la religión.

Así, en un día silencioso, el nuevo monarca parte hacia la Aguja a leer los tomos supervivientes de las catástrofes. Revisan textos mutilados, otros tantas veces traducidos que no queda de ellos ni una pizca de los originales y creen formarse en los más excelsos saberes. Mientras tanto, son educados en teoría política y militar antiguas y se les inculca un miedo irracional por todo lo considerado “sobrenatural”.

Quizás se vuelvan a tapar mis palabras, pero he aquí mi recomendación: no retenga usted ni un innecesario tomo de El Conocimiento más allá de información respectiva a los dones. Entre en la gran sala del sótano — espero que la ubicación siga siendo la misma— y diríjase a la zona de los túneles inferiores. Debería haber un pequeño pasillo con una puerta de metal antigua al fondo del túnel superior. Ardreon debería ser suficiente, sí.

Codicie el libro que hay dentro, deséelo con ansia y céntrese en la puerta que se interpone entre usted y el bien deseado. Aprecie la artesanía de la puerta y venérela como la antigüedad que es. Ningún León Negro debería molestarle cuando aplique lo leído en *Alquimia y transmutación I*, pues la Aguja no restringe el acceso a ningún futuro rey. Con esto, debería haber convertido la cerradura de la puerta en un metal débil, corroído.

A día de hoy no han borrado mis líneas de anteriores volúmenes sobre los dones de Ardreon, pues no contradicen la actual doctrina, como sí lo hacen los dones de Rothros o Veila, pero los tiempos cambian, por lo que pediría que se realizase una copia del capítulo antes de que fuese demasiado tarde.

Una vez hecho esto, puede usted regresar al siguiente día al mismo lugar, cuando las fuerzas estén recuperadas. Elimine el óxido de la cerradura y la puerta debería abrirse de forma inmediata. Una vez dentro de la sala, verá un cofre, o tal vez una caja metálica, si el viejo cofre ya ha cedido. Realice la misma operación que con la puerta, tome el libro y lléveselo, pues ahora es de su propiedad.

Cuando termine de leerlo habrá entendido el verdadero conocimiento, así que debe devolverlo a su lugar de origen. Dos veces ha ocurrido esto ya, por lo que es perfectamente posible que ocurra una tercera. Sería de gran ayuda que tomara las notas aparte, en papeles propios, pues el libro se ablanda con facilidad y el pegamento es muy débil debido a la humedad, incluso tras los comentarios que realizó Naila Yvinand que, estoy seguro, querrá asegurar tras dos gruesas tapas.

Ahora bien, si no está entendiendo nada, eso es porque este no es el comienzo o porque no es el capítulo que su maestro le ha encargado estudiar. ¿No se supone que los Leones Negros solo debéis leer las partes autorizadas? Informa ahora mismo al preceptor de su comportamiento. Tu mente es débil, hombre de religión, para leer un conocimiento que solo está reservado para un rey.

Pero, en caso de ser un príncipe, comprenderá usted mucho mejor nuestra delicada posición tras leer la historia de la formación del universo, así como los procedimientos de elección de los Cinco y los Siete Nombres. También hay ciertos apartados muy curiosos en relación a la forma de ver la vida y de apreciar la muerte y, a pesar de que estas formas se mezclen, siempre queda algo propio.

También la historia completa de los dones se encuentra escrita en el *Eonium Aquilon*, así como la suerte de los dioses Menores y Semidioses y las antiguas épocas de los dioses Primigenios, aunque la historia más reciente es la que está en juego ahora mismo. En cualquier caso, el libro da una visión más amplia del conflicto y de las fuerzas involucradas. Fuerzas tales como los Siete Nombres.

Los Siete Nombres suelen estar separados hasta la llegada de la Tempestad. Un hombre que comienza una guerra u otro que mata al heredero al trono. Las identidades son inciertas hasta los nombramientos: el día del Sello. Podría tratarse de un campesino que se encontrara en el lugar adecuado en el momento exacto. Entonces, un rey muere y todo comienza de nuevo y rueda como una piedra por la colina, la tierra bajo su peso, rompiendo todo a su paso, fuerte, imparable y colosal.

A partir del primero comienzan a aparecer los otros seis Nombres. Pueden ser esclavos, soldados, reyes o señores. Pueden vivir o pueden perecer en batalla. Lo único que importa es que la Ceniza retroceda, y cuanto más, mejor. Así, algún día, la humanidad habrá tenido el tiempo suficiente como para ser capaz de hacer frente a la Ceniza y derrocarla. Este es el fin que ha perseguido mi orden desde que fue creada y eso es lo que estamos

avocados a soñar durante nuestro letargo, para escribirlo a los hombres durante los tiempos de vigilia y luchar a su lado hasta el último de los días.

En estas pocas páginas de explicación, ya he desacatado unas cuantas normas de mi orden y otras tantas de los hombres comunes, pero, se entiende, mi propósito sigue siendo, como en su origen, el más puro posible. En ese momento, todos mis hermanos tenían muy claro quiénes iban a ser los Cinco. Cada uno había elegido ya los nombres, unos distintos entre sí, otros iguales y yo tenía muy claro que no podía dejar que ciertos nombres se hicieran realidad.

De una y mil formas se habían explorado las posibles acciones, las figuras más poderosas y la probabilidad de participación en los sucesos más significativos. Casi parecía que hubiéramos olvidado que fuimos ellos una vez, que estábamos prediciendo sobre miles en un escenario de millones.

Habíamos repetido tantas veces el proceso y visto tantos reinos ascender y caer que nuestros sentimientos se habían embotado. Nos habíamos endurecido en nuestra bruma, forma de eterna condena.

A pesar de esto, he de admitir que sostuve un mayor acuerdo ante los nombres que escogieron mis hermanos para los Cinco que los elegidos para los Siete Nombres. Creo, de veras, que no hubo mala intención en ellos, solo una comodidad en las tierras altas, de las que hacía mucho que no salían, y un cansancio desmedido que está presente en todas sus decisiones. Por eso nunca cesé en mi descenso al mundo.

El Primer Hermano nos llamó a la cima de la Montaña. Quería tratar sobre las dos nuevas incorporaciones. Dos entrarían y dos se retirarían. Mi Segundo Hermano y yo quedamos encargados, de nuevo, de descender al Reino y comenzar a intervenir en los asuntos de los hombres.

Desde que realizáramos nuestra ceremonia de separación de los tres Superfluos algo había cambiado en mí. Tenía miedo a ser el siguiente, a fallar y convertirme en el próximo Superfluo y ser desterrado del paraíso. Pero, si me convertía en el Primero, podría hacerlo mejor y cambiar las tornas en esta guerra. Incluso, quizás, podría relevar al Opulento de tan degradante tarea, llevarlo de vuelta con nosotros y que los Doce no volviésemos a ser doce nunca más. Para vencer a la Ceniza hacía falta un ejército.

Fue con esos pensamientos de fondo con los que escuché las predicciones de los Hermanos que se atrevían a exponerlas antes de realizar la portada. El Quinto Hermano afirmó categóricamente haber encontrado a los Cinco. Jeleth, Bramar Yvinand, Raya Yvinand, Rom Vander y Londer IV Yvinand fueron los nombres que dio. Naila Yvinand, Rhovar Yvinand, Kegar

Tar, Croid Yvinand y sir Roven Cam eran los del belicoso Séptimo Hermano. Sinda Vander, Gudro Vander, Bertbar Petwull, Laya Yvinand y Roder Grotsga fueron los de nuestro Décimo Hermano. Sin duda fueron los más discutidos.

Todos supimos, entonces, que el Décimo Hermano no había observado lo mismo que el resto. Supimos, también, que sería el primero de los Superfluos y que había sido presa del hastío. Siempre era seguro escoger a los reyes, sobre todo si se encontraban en la vejez. También lo era señalar a los príncipes y a los hermanos del rey. Alguno de los Cinco se encontraban entre esos nombres, pero no en Roder Grotsga.

Una vez terminaron todos los hermanos que se habían querido pronunciar al respecto, llegó el turno de rellenar la portada profética, obligatoria para todos nosotros. Escogí con cuidado los apodos. Habría un hijo ilegítimo, pues siempre había bastardos suficientes en el Reino con posibilidades de cambiar el curso de la historia. También elegí a un traidor con la total seguridad de que habría uno, y centré el tiro con la Serpiente Heredera, pensando principalmente en Naila, pero dando un inteligente margen a que otra Serpiente se alzase de la guarida.

Aparté de lado todo riesgo y elegí al aprendiz como el cuarto nombre. Solo yo sabía que haría lo que fuera necesario para convertir a mi futuro aprendiz en uno de los Cinco, así como uno de los Siete Nombres que me ayudara a encontrar al resto. El quinto nombre, una vez lo pronuncié en voz alta, causó un revuelo estruendoso, pues había escogido a la sombra. El Primer Hermano, claro está, lo tomó como una ofensa, ya que nosotros no podíamos intervenir como uno de los Cinco o un Nombre. Expliqué, entonces, que era una metáfora de alguien oculto, alguien que vivía en la sombras. Uno de mis mayores aciertos, si se me permite la vanidad.

«No somos las únicas sombras en este mundo y las cadenas se debilitan cuando el final está tan próximo». Mi Segundo Hermano habló sabiamente, provocando un rechazo aún mayor hacia mi elección sin habérselo propuesto. Comentarios como ese habían hecho que, a pesar de ser el Segundo, estuviese destinado a la Caída, a establecer contacto con los hombres. Pero nunca nos importó estar allí abajo, susurrando en los oídos de las mentes.

Mientras que nuestros hermanos se apagaban en la cima, dormitando en ella hasta que alguno de nosotros iniciase el Sello, campábamos libres por el mundo, volviendo a las tierras en las que nos habíamos criado y trayendo esperanza al Reino. Solo cuando los Doce nos volvíamos uno, sufríamos en silencio. Pero ese era el riesgo que tomábamos siempre y que

solo podía acabar con la victoria o la muerte. Una sombra sería el quinto nombre y me atendería a todas las consecuencias que pudiera tener mi predicción.

Al fin pude asignar las figuras a cada uno. El círculo para el hijo ilegítimo, con un principio y un final. El traidor sería el pentágono, pues los traidores siempre contaban con diversas visiones de la misma historia y eran complejos y sus motivaciones difíciles de dibujar. La Serpiente Heredera sería el cuadrado, la forma más simple, pues los jóvenes siempre son, en un principio, de fácil lectura. El triángulo sería el aprendiz. Le enseñaría a convertirse en la figura más sólida, la que más aguantara el impacto y atacase siempre con la punta.

Por último, la sombra sería el rombo vuelto dentro del cuadrado, pues el cuadrado era un rombo para el rombo. Esta era, a mi parecer, la figura más compleja, y había pasado desapercibida al resto. Era móvil, enigmática, voluble y tornadiza. Debo confesar que entreabrí la puerta a convertirme en esa sombra. Una acción irresponsable y riesgosa, que me expuso frente a mis hermanos y no me habría dejado retirarme incluso habiéndolo querido. Si acertaba, me convertiría en el nuevo Primer Hermano y comenzaría la guerra. Pondría a funcionar el Reino, designaría a los ejércitos y mi plan para acabar con la Ceniza estaría completo.

Las Puertas Tronantes fueron abiertas una vez más y la Tempestad se alzó. «Cuenta viejas historias a tus huéspedes, infúndeles poder, dales fuerza para realizar los sacrificios necesarios y vuélvete imprescindible. Caiga un gran ciclo más sobre el nombre de los elegidos. Míos serán sus nombres. Yo te daré el mundo». Me imbuí en el etéreo líquido, notándolo entrar en mí y me preparé junto a mi compañero para la Caída.

Una vez lo llamaron “trabajo de campo” y fue venerado por una sociedad más amable que llegó hasta el lejano desierto antes de corromperse. Que fuera, pues, un viaje fructífero, era lo único que me cabía esperar. Los demás no tardarían en contactar, pero tendríamos el suficiente tiempo para volver a caminar por el mundo sin ser vistos.

Dos sombras se precipitaron en una fría noche desde la cima de la Montaña hacia el suelo. Desde arriba, la quietud se tornó en movimiento. El Continente apareció a la vista y la costa se fue haciendo visible. Mi Segundo Hermano se separó según lo acordado. Yo continué cayendo hacia el Reino, Thalaslid, Elegar, la Baja—Colina... Todo quedó en calma. Desde mi posición se podían ver todos los rostros de la capital. Ellos eran mi puerta de entrada hacia la salida de los ciclos sin fin.

Recordé lo que había dejado atrás hacía tanto tiempo: una vida propia, un título, una familia... Honraría a la luz del pasado como un héroe o como un traidor. Contaría mi historia, diría quién soy pero no sabría por dónde empezar. Por tanto, escribiré esto: el mundo se derrumba, rey sabio, lo lleva haciendo desde hace mucho, mucho tiempo, y somos nosotros quienes debemos evitarlo.

Hay algo que nunca me he atrevido a compartir con mis hermanos, aunque, intuyo, algunos lo sospechan: los Cinco y los Siete Nombres son una ficción. El poder reside en aquellos a quienes escogemos, no en un destino natural. Nosotros somos su condena y su destino. Nos llaman dioses, pero somos esclavos de nuestras decisiones, tanto de los aciertos como de los errores. Nosotros somos, más allá de nuestros elegidos, los silenciosos Nombres que traen consigo la Tempestad.

Este documento es propiedad intelectual de Miguel Hermida Díaz.  
Queda prohibida su reproducción, distribución o modificación sin  
el consentimiento expreso del titular, salvo en los casos permiti-  
dos por la ley.

Queda prohibido el uso de los contenidos para fines ilícitos, co-  
merciales o que puedan dañar al titular o a terceros.



© 2024. Todos los derechos reservados